

LAS ELECCIONES GENERALES DE 2000 Voto ideológico/voto racional

JUAN JESÚS GONZÁLEZ RODRÍGUEZ*
Sociología II - UNED

PALABRAS CLAVE ADICIONALES

Elecciones, Partidos, Voto económico, España.

ADDITIONAL KEYWORDS

Elections, Political Parties, Economic Voting, Spain.

RESUMEN. Tras argumentar el carácter crítico de las elecciones generales de 2000 y sus implicaciones en términos de modificación del perfil electoral del PP, el artículo se detiene en dos aspectos. Por un lado, analiza la dinámica de opinión pública que condujo a la consecución de mayoría absoluta del PP en la pasada legislatura, prestando especial atención al diálogo social y a sus consecuencias sobre la percepción de la situación económica y política. Por otro, el artículo analiza lo que, a juicio del autor, define mejor aquellas elecciones: la tensión o contradicción entre factores ideológicos y factores de evaluación racional. No se pretende con ello que la ideología esté exenta de racionalidad, sino poner de manifiesto una forma específica de racionalidad que resuelve el conflicto entre factores ideológicos y de evaluación racional a favor de estos últimos.

ABSTRACT. After analyzing the essential character of the 2000 general elections in Spain and its implications in terms of a change in the electoral profile of the People's Party, the article examines two aspects of the election. First, it scrutinizes the public opinion dynamics that led to the PP's achievement of an absolute majority in the legislature, paying special attention to the social dialogue between unions and the government and its consequences on the respective perception of social and economic circumstances. Second, the article analyzes what, in the author's view, better defines the election: the contradiction between ideological factors and rational evaluation. This is not to say that ideology is not rational, but only to stress a specific way of reasoning that resolves the contradiction in favor of rational evaluation.

E-mail: jgonzalez@poli.uned.es

* Una parte de este artículo procede de una colaboración anterior con Luis Garrido, quien no es en modo alguno responsable de las deficiencias o excesos que el lector pueda encontrar a lo largo del texto. El autor agradece a Paloma Aguilar y al Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UNED la oportunidad de discutir parte del artículo en el seminario sobre *Escándalos políticos y responsabilidad pública en la España contemporánea* (abril de 2000). El autor agradece también los atinados comentarios de Marta Fraile y Olga Salido y sus sugerencias en materia estadística.

Revista Internacional de Sociología (RIS)
Tercera Época, nº 32, Mayo-Agosto, 2002, pp. 7-33.

PLANTEAMIENTO GENERAL

Comenzaré este artículo argumentando el carácter crítico de las elecciones generales del año 2000. Sabido es que el millón largo de votantes de izquierda que se pasó al PP en esas elecciones, más otro tanto de votantes de izquierda que se abstuvieron, jugaron un papel decisivo en la mayoría absoluta del PP. Cabe plantear la cuestión del perfil social de estos votantes: ¿se parecen más a los antiguos votantes del PP (más bien de clase media) o se parecen, por el contrario, al electorado de izquierdas (más bien proletarizado)? De ser esto último, nos encontraríamos ante unas elecciones que afectan a las bases sociales de los partidos tal como eran conocidas hasta entonces, reduciendo así el tradicional perfil clasista del electorado del PP (Caínzos, 2001). De ahí el carácter crítico de aquellas elecciones.

A continuación, trataré de explicar el porqué de ese cambio de perfil. Para ello especifico las razones que pudieron llevar a votantes típicos de izquierda a facilitar la victoria del PP por mayoría absoluta, ya fuese por activa, cambiando su voto a favor de éste, o por pasiva, dejando de votar a la izquierda. En ese contexto, examino el papel del *diálogo social* en la creación de un clima de opinión favorable a las expectativas electorales del PP, al tiempo que ilustro la dinámica seguida por la opinión pública a lo largo de la legislatura. La reciente celebración de una huelga general contra la política laboral del PP (junio de 2002) ha traído nuevamente a discusión la relevancia de la paz social y laboral en la suerte política y electoral de los gobiernos (tema ineludible en cualquier reflexión sobre la etapa socialista: González, 1996). Creo que, más allá de la bonanza económica, cuyos efectos sobre el voto han sido comprobados por otros autores (Fraile, 2001b), la experiencia de pacto social de la legislatura pasada fue uno de los factores que contribuyeron a dicha transferencia electoral.

Dedicaré los dos últimos apartados a analizar lo que, a mi juicio, constituye el meollo de las elecciones de 2000: la tensión o contradicción entre factores ideológicos, por un lado, y de evaluación racional, por otro, lo que plantea un interesante ejemplo de disonancia electoral. Vaya por delante que esto no implica en modo alguno que la ideología (al margen de lo que entendamos por ella) esté exenta de racionalidad, sino que la racionalidad a que me refiero es de otro orden. Muy resumido, adopto el supuesto de que, en caso de conflicto o disonancia entre factores ideológicos y de evaluación racional, el decantamiento por estos últimos revela una forma específica de racionalidad que me parece la principal característica de aquellas elecciones.

LAS ELECCIONES DE 2000: ¿CONTINUIDAD O CAMBIO?

A primera vista, las elecciones generales de marzo de 2000 parecen ajustarse bien al perfil de unas *elecciones de continuidad*. De hecho, los resultados fueron muy

parecidos a los de las segundas elecciones ganadas por el partido socialista, las de junio de 1986, aunque cambiados de signo. Es fácil, además, encontrar paralelismos: ambas vinieron precedidas de importantes logros nacionales: en 1986 fue la integración en Europa; en 2000, la Unión Monetaria. Ambas estuvieron acompañadas también de un alto nivel de aprobación de la gestión del gobierno en general y, en particular, en materia económica.

Pese a las apariencias, mi hipótesis es que las elecciones de 2000 fueron, en realidad, unas elecciones críticas enmascaradas de continuidad. Y que, a diferencia del ciclo socialista, cuando las elecciones críticas fueron las primeras, ahora las elecciones verdaderamente críticas han sido las segundas. ¿Qué es lo que hace que unas elecciones sean *críticas*? Tres cosas principalmente, de acuerdo con la definición de Evans y Norris (1999: xxvi y ss.): cambios sustanciales en los alineamientos ideológicos de la competición partidista, cambios en las lealtades partidistas y desalineamientos en las bases sociales de apoyo a los partidos.

La primera de estas cuestiones ha dado lugar a preguntas del tipo: “¿Ha dejado España de ser de izquierdas?” Puesto que un país no deja de ser de izquierdas de la noche a la mañana, parece más probable que la pregunta esté mal planteada. Pues no se trata tanto de que los electores de izquierdas hayan variado su posición ideológica como que el PP se ha acercado a la izquierda. ¿Cómo? Haciendo lo que los electores esperaban de un partido de izquierdas: llevarse bien con los sindicatos, por lo pronto.

La segunda cuestión, relativa a las lealtades partidistas, es pronto para darle respuesta: en principio, cabría interpretar el voto transferido de izquierda a derecha en las pasadas elecciones como *voto coyuntural*, lo que admite dos posibilidades: que dichos votantes reconsideren su decisión en sucesivas convocatorias o que su decisión se estabilice. De momento, la tercera cuestión es la verdaderamente importante, por cuanto es la que hace, a mi juicio, que unas elecciones sean verdaderamente críticas. Según los datos postelectorales, todo parece indicar que al menos un millón de votantes de izquierdas votaron al PP, al tiempo que otro millón se fue a la abstención. Caben, en principio, dos posibilidades: que estos electores sean más bien parecidos, en términos de perfil social, a los votantes del PP o que se parezcan a los votantes de izquierdas (también cabe, por supuesto, la posibilidad intermedia de que se parezcan al conjunto del censo y sean neutros en términos de perfil).

Pues bien, unas elecciones serán tanto más críticas cuanto más se parezcan los nuevos votantes del PP al electorado de sus partidos de origen: PSOE e IU, en este caso —pues esto es lo que facilita el desalineamiento de sus bases sociales respectivas. Y esto era justamente lo defendido por Garrido y González (1999) con anterioridad a las elecciones: que las transformaciones en el mercado de trabajo y la asunción por el PP de algunas de las políticas sociales implantadas en la etapa socialista propiciaban que las transferencias fueran de ese tipo. Esto no tenía por qué ser así, en principio: cabía, por el contrario, la posibilidad de que

los votantes transferidos fuesen atraídos por las rebajas fiscales introducidas por el gobierno *popular* a lo largo de la legislatura. En ese caso, sería más probable que su perfil se pareciera al de los que ya votaban al PP con anterioridad.

Lamentablemente, esta hipótesis no pasa de ser eso: una mera hipótesis escasamente corroborable con los datos disponibles, dado el reducido tamaño muestral de la encuesta poselectoral de 2000¹. Lo que sí se ha podido demostrar es una reducción muy significativa del componente clasista del voto al PP entre 1996 y 2000 (Caínzos, 2001: 123-124), lo cual, a efectos de mi argumento, se puede interpretar como que, en estas últimas elecciones, el PP recibió votos más bien distintos, en términos de clase, de los que ya tenía, dando lugar a una sensible modificación de su base social.

DINÁMICA DEL CICLO

Durante algún tiempo se creyó que la victoria del PP en las elecciones generales de 1996 había sido puramente coyuntural y, en consecuencia, estábamos asistiendo a un paréntesis de gobierno democrático de la *derecha*. La situación de *empate técnico* entre PP y PSOE durante 1997 y 1998, tal como se desprendía de los barómetros de opinión más reputados, parecía ratificar ese diagnóstico, mostrando la incapacidad del PP para ensanchar su base social incluso en la mejor de las situaciones económica y política. Dicho diagnóstico solía presentarse de dos formas: unas veces se apoyaba en el análisis de las bases sociales de los partidos, tal como hizo Rodríguez Menés (1997), a fin de mostrar su estabilidad y la ausencia de *relineamientos* significativos. Otras veces se apoyaba en argumentos *posicionales*, según los cuales la percepción del sistema de partidos parecía mantenerse en las coordenadas básicas de los años ochenta. Tomando como referencia el sondeo poselectoral del CIS de marzo de 1996, dicha percepción era muy estable en los términos convencionales de la escala I-D. De acuerdo con la escala del 1 al 10 que es habitual en este tipo de estudios, el votante medio se autoubicaba en el 4,7 (ligeramente escorado al centro-izquierda), al tiempo que el PP se ubicaba en el 7,9, el PSOE en el 4,5 e IU en el 2,5 (Tabla 1). En términos *posicionales*, el votante medio se situaba a dos décimas del PSOE, a tres puntos y dos décimas del PP y a dos puntos y dos décimas de IU. A poco de conocerse los resultados de aquellas elecciones, la ubicación del PSOE en la escala I-D seguía siendo,

¹ De los 5283 entrevistados, no llegan a 200 los que, habiendo votado al PSOE o IU en 1996, dicen haber votado al PP en 2000, lo que hace estadísticamente imposible cualquier análisis desagregado de su composición social.

Tabla 1.
Autoubicación ideológica y ubicación de PP, PSOE e IU (medias)

	Marzo 96	Junio 99	Febrero 00
Autoubicación	4,7	4,8	5,0
PP	7,9	7,6	7,6
PSOE	4,5	4,2	4,3
IU	2,5	2,3	2,4

Fuente: estudios poselectorales 2.210 (1996) y 2.350 (1999) y estudio pre-electoral 2.382 del CIS (2000).

por tanto, envidiable. Desde esta perspectiva, resultaba técnicamente imposible explicar que el PSOE hubiese perdido las elecciones².

Para que tal cosa fuese posible hizo falta que una parte de los electores diera un salto vertiginoso a lo largo de la escala, en lo que parecía una nueva modalidad de *voto coyuntural*. Pues mientras los antiguos votantes del PP, que se autoubicaban en el 6,9, ubicaban al PP en el 7,3 (a cuatro décimas de distancia, con lo que no hacían sino votar a su partido *natural*), los nuevos votantes procedentes del PSOE (un 4% de la muestra), que se autoubicaban en el 5,2 (a tan solo seis décimas de la ubicación que ellos mismos hacían del PSOE), dieron un salto de dos puntos para votar al PP, al que ubicaban en el 7,1 (ocho décimas a la izquierda de donde lo ubicaba el votante medio).

Estos datos eran bien elocuentes de la poderosa *pulsión de cambio* que se adueñó del centro del espectro a lo largo de la legislatura 93-96, bajo el imperativo moral de *pasar página*. No parecía, sin embargo, que esa disonancia pudiera mantenerse por mucho tiempo. De acuerdo con el sondeo poselectoral del CIS de junio de 1999 (elecciones municipales y europeas), el votante medio se estaba desplazando hacia el centro (aunque sólo fuera una décima: 4,8), al tiempo que los tres partidos mencionados aparecían desplazados a la izquierda en torno a tres décimas. Podía parecer, por tanto, que el deslizamiento del votante medio era poco significativo, pero lo era mucho si tenemos en cuenta los cambios en la percepción de los partidos. Dicho en otras palabras, hay dos maneras de reordenar el espectro político: una es autoreubicarse³; la otra es reubicar a los partidos. Esta segunda estaba siendo mucho más intensa que la primera, tal como se puede apreciar en la tabla adjunta.

² Sobre el debilitamiento del voto ideológico véase Sánchez-Cuenca y Barreiro (2000) y Barreiro (2001).

³ Un buen ejemplo de cómo funciona la reubicación nos lo proporciona el estudio panel de las elecciones europeas de 1999 (estudios 2325: pre-electoral y 2350: postelectoral del CIS). Tomando como referencia los individuos que habiendo votado al PSOE en 1996 votaron al PP en 1999, estos se situaban en el 4,3 de la escala antes de las elecciones (mayo) y se resituaban en el 5,4 después

En consecuencia, el votante medio ya no estaba a dos décimas del PSOE, sino a seis; ya no estaba a 3,2 puntos del PP, sino a 2,8; y ya no estaba a 2,2 puntos de IU, sino a 2,5. Comenzaba a ser evidente que no se trataba de voto *coyuntural* o voto de castigo al PSOE en virtud de una situación excepcional, sino que estábamos asistiendo a un proceso más complejo de redefinición y reorganización del espectro político. El desenlace de las elecciones de 2000 despejó cualquier duda al respecto. En vísperas electorales y de acuerdo con la macroencuesta de febrero de ese año (estudio 2.382 del CIS), el votante medio se autoubicaba ya en el 5 de la escala I-D. En este caso la autoreubicación era más importante que el desplazamiento de los partidos hacia la izquierda observable en 1999: de hecho, el PP seguía en la misma ubicación de un año antes (7,6), en tanto que PSOE e IU se desplazaban esta vez ligeramente a la derecha, aunque sólo fuera una décima. Pero la tendencia principal se mantenía: el votante medio se autoubicaba cada vez más cerca del PP y más lejos del PSOE y de IU.

En contra de lo que parecía desprenderse de algunos análisis de la etapa socialista, los electorados no son bloques más o menos monolíticos sujetos tan solo a la erosión del tiempo. Son agregados de intereses que responden a los cambios en la estrategia de los partidos, siempre que haya indicios de que los cambios no son meramente tácticos. Desde este punto de vista, los grandes partidos y, en particular, los partidos gobernantes son como autobuses de los que suben y bajan viajeros en cada estación (es decir en cada convocatoria electoral), originando nuevas demandas que pueden dar lugar a sucesivas correcciones del itinerario (no hace falta, por supuesto, que suban y bajen todos a la vez).

En momentos de alternancia, las transferencias electorales obedecen a una secuencia en virtud de la cual los sectores que menos tienen que perder son los primeros en cambiar sus preferencias y en apoyar las alternativas ofrecidas por la oposición, facilitando así la alternancia. Por el contrario, los sectores que se sienten favorecidos por el partido saliente no darán su apoyo al nuevo gobierno hasta no estar seguros de que este no conlleva riesgos respecto al anterior.

De acuerdo con González (2001), el escenario político-electoral típicamente clasista que había en España a mediados de los ochenta se transformó, en los años noventa, en un escenario donde el factor edad influía cada vez más en la configuración del campo de fuerzas, como consecuencia de la específica combinación de políticas fiscales, laborales y sociales que se produjo a finales de los ochenta⁴. En último término (y siempre de acuerdo con esa interpretación), dicha combinación dio lugar a una redistribución a favor de los viejos y a costa de

(junio). Simultáneamente a esta autoreubicación, ubicaban al PP en el 7 (medio punto a la izquierda que el conjunto de los electores), con lo que reducían considerablemente su distancia inicial con este partido.

⁴ Para una discusión crítica de esta interpretación véase Caínzos (2001).

los jóvenes. Era de esperar, por tanto, que fueran estos últimos los primeros en incorporarse al electorado *popular*, en tanto que los primeros se refugiaban en el partido socialista hasta tanto obtenían pruebas suficientes de que el gobierno del PP no representaba una amenaza al status conseguido en la etapa socialista.

Para mayor claridad, conviene distinguir dos momentos del proceso de decisión electoral: el momento de la acción de gobierno y el momento electoral propiamente dicho (González, 2001). En el primero, los electores evalúan la situación en términos de acuerdo o satisfacción con la gestión de gobierno; en el segundo, en cambio, la evaluación se hace por comparación con la oferta de la oposición. Cabría hablar, desde este punto de vista, de un primer momento que conduce a una *pre-decisión*, tal como se manifiesta en los sondeos que se realizan fuera de periodo electoral, y de un segundo momento en el que se consolida o, por el contrario, se reconsidera la *pre-decisión* anterior.

En el primer momento de la pasada legislatura, la situación política fue favorablemente percibida como consecuencia de que la bonanza económica estuvo acompañada de un clima de confianza sobre la capacidad del gobierno para conducir la economía y de una *paz social* sin precedentes. En tales condiciones, la percepción de la situación política se dejó arrastrar y contaminar por la percepción de bonanza —por cuanto esta concordaba con un juicio positivo sobre la actuación del gobierno.

En el segundo momento (el momento electoral), la campaña se polarizó entre dos escenarios posibles: la evaluación de la acción de gobierno y la apelación a la ideología de los electores. Dedicaré los dos próximos apartados a analizar cada uno de estos momentos.

EL MOMENTO DE LA ACCIÓN DE GOBIERNO. LA LLUVIA FINA

Es bien sabido que la apurada victoria del PP en las elecciones generales de 1996 le obligó a una acción de gobierno que no estaba prevista en el guión electoral con que el PP se había presentado a esas elecciones. En justa coherencia con su precaria mayoría parlamentaria, el PP siguió un curso de acción a la medida de sus nuevos aliados, rectificando buena parte de su programa electoral y, en particular, lo tocante al Estado de las Autonomías. Incluso aquellos asuntos que no estaban directamente afectados por la necesidad inmediata de coalición parlamentaria, como la política europea, hubieron de ser rectificadas enseguida. Así, tras el castigo de los mercados financieros a las reservas europeístas del nuevo gobierno *popular*, este emprendió sinceros esfuerzos por colocar a España en la Unión Monetaria, rápidamente recompensados por el clima de euforia económica iniciado en la primavera de 1997.

Y del diálogo con las fuerzas políticas nacionalistas se pasó al *diálogo social* con resultados no menos espectaculares. Conviene que nos detengamos por un

momento en este punto, por cuanto afecta de manera directa a mi argumento. Está claro que los votantes son sensibles a la situación económica y laboral, pero lo son más aún a la existencia de un clima de confianza sobre la capacidad del gobierno de turno para orientarla en un sentido u otro. Desde este punto de vista, el drama de los últimos gobiernos socialistas no radicó tanto en la situación objetiva de la economía y el mercado de trabajo como en el clima de desconfianza respecto de su capacidad para reconducirla, desconfianza alimentada por los agentes sociales —incluidos los sindicatos⁵.

No es cosa de recordar aquí la genealogía del desencuentro entre el gobierno socialista y los sindicatos (González, 1996), pero conviene retener algunas de las enseñanzas de aquella experiencia. En líneas generales, suscribo la interpretación del proceso que culmina en el Acuerdo por la Reforma del Mercado de Trabajo de 1997 como un proceso de “aprendizaje institucional”, al término del cual las élites sindicales concluyeron que el sistema de relaciones industriales se había hecho autónomo del sistema político y abandonaron toda quimera de influencia directa sobre este último (en cualquiera de sus versiones: movilizaciones de contenido político, voto de castigo contra el gobierno, etc.; Espina, 1999: 378 y ss.).

El proceso llegó a su madurez con la apertura de varias mesas de negociación en la primavera de 1997, inmediatamente después de la investidura de Aznar, repitiendo una fórmula ensayada sin éxito en 1990, cuando los sindicatos habían optado por la escalada salarial como mejor vía de compensación por la imposibilidad de entendimiento con el gobierno socialista (Espina, *ibidem.*). Ahora bien, la culminación del proceso pasaba por un aprendizaje en paralelo del nuevo gobierno y, puesto que este carecía de experiencia, sólo cabía esperar que hubiera escarmentado en cabeza ajena. Empero, el PP había llegado al gobierno en medio de la ambigüedad programática, lo que dejaba abierta la posibilidad de aplicación del “programa oculto” a satisfacción de quienes parecían hablar en su nombre (banca y patronal) (González, 2001). La pregunta era legítima: ¿iba el

⁵ Con fecha 30 de enero de 1995, los agentes sociales hicieron una declaración pública sin precedentes para denunciar que el proceso de recuperación económica “se está poniendo en peligro por la percepción de la inestabilidad política”, al tiempo que reclamaban de las fuerzas políticas “la resolución rápida y eficaz de una situación que se está haciendo insostenible” (*El País*, 31-1-1995). Aunque la idea inicial de la UGT era promover “un pacto social que permita al gobierno agotar la legislatura” (*El País*, 20-1-1995), difícilmente la declaración podía llegar más allá de una llamada al entendimiento bipartito (al margen del gobierno, criticado por su “continuismo y su inercia”), por dos razones principales: de un lado, por los problemas y los bloqueos internos de los dos grandes sindicatos, tal como se pusieron de manifiesto en los respectivos congresos de 1995 (UGT) y 1996 (CCOO), acompañados de debates sobre el modelo de relación entre partido y sindicato e intentos de volver al modelo de “correa de transmisión”. De otro, por la lógica reticencia de la CEOE a conceder un balón de oxígeno a un gobierno socialista que parecía haber perdido toda capacidad de respuesta.

PP a cumplir con el “programa oculto” que le atribuían o había aprendido de la experiencia socialista?

En una entrevista publicada un mes después de la constitución de las citadas mesas de negociación, el entonces Ministro de Trabajo y SS, Javier Arenas, afirmaba: “El diálogo social no tiene punto de partida ni punto final. Empieza con la legislatura y terminará con la legislatura. Es una forma distinta de gobernar. (...) Creo que tenemos hoy en España organizaciones extremadamente maduras. Y creo que de las experiencias pasadas tenemos que aprender todos, y nos dicen que reformas unilaterales, planteadas desde el gobierno [en referencia a la reforma socialista de 1994], no han tenido efectos positivos sobre la economía ni el empleo”⁶.

Así las cosas, sólo quedaba por saber si la patronal asumía también la nueva filosofía concertadora, en lugar de una aplicación unilateral (por parte del nuevo gobierno) de sus reivindicaciones en materia de bienestar y de mercado de trabajo, incluido el despido libre. A finales de ese mismo año 1996, el gobierno había conseguido ya acuerdos con los sindicatos en materias tan diversas como la formación profesional, las pensiones o el PER, algunos de los cuales no fueron del gusto de la patronal, que criticó duramente el interés del citado ministro por llegar a acuerdos con los sindicatos a toda costa⁷.

Pese a ello, la patronal acabó suscribiendo el Acuerdo por la Reforma del Mercado de Trabajo, uno de los soportes del clima de bonanza económica registrado en la primavera de 1997⁸. En palabras de Cuevas, algunos sectores empresariales hubieran preferido una reforma unilateral “más rápida, profunda y contundente que otra pactada laboriosamente con los sindicatos” (en lo que hubiera sido una especie de segunda parte de la reforma socialista de 1994)⁹, pero la prudencia recomendaba “buscar el consenso para infundir credibilidad y aceptación a las reformas” (citado por Espina, 1999: 389-390).

Consecuencia de todo ello, la primera mitad de la legislatura estuvo marcada por una extraordinaria bonanza económica apoyada, por un lado, en el aprobado de España en el *examen de convergencia* (previo a la integración en la Unión

⁶ *El País*, 16 de junio de 1996.

⁷ Significativamente, la citada entrevista a Javier Arenas llevaba por título: “El gobierno no es correa de transmisión de la patronal”. Por su parte, Cuevas no tardaría en responder acusando de falta de responsabilidad tanto al ministro como a Aznar (“La patronal se siente traicionada”, *El País*, 6-10-1996).

⁸ De acuerdo con las series del CIS, el saldo entre valoraciones positivas y negativas de la situación económica pasa de -30 a 16,6 entre julio de 1996 y julio de 1997, un salto sin precedentes en este tipo de series (véase gráfico 1).

⁹ De acuerdo con Julio Segura, “con todos los matices que se quiera, la reforma de 1994 fue muy positiva (...) pero fue incompleta porque evadió un tema relevante: los costes de despido”, “¿Hay que reformar el mercado de trabajo?”, *El País*, 13 de enero de 1997.

Monetaria) y, por otro, en los frutos del *diálogo social* (reforma laboral, acuerdo sobre pensiones, etc.). En ese contexto, se registró una mejoría de la percepción de la situación económica sin precedentes en la historia demoscópica de la democracia. Pero no es menos llamativo que tan favorable evolución fuese compatible, durante mucho tiempo, con una situación de *empate técnico* en lo que a intención de voto se refiere. Vayamos por partes.

La mejoría de la percepción de la situación económica se produce en dos momentos (Gráfico 1): el primero de ellos registra una auténtica explosión de euforia económica que llega a su punto álgido en la primavera de 1997 (entre enero de 1997 y julio de 1997 el saldo entre valoraciones positivas y negativas de la situación económica pasa de -20 a 16,6). El segundo momento (desde octubre de 1997 hasta el final de la legislatura) sigue una pauta de mejora paulatina y sostenida.

Llama la atención, al mismo tiempo, el efecto de *arrastre* que la percepción de la bonanza económica ejerce sobre la valoración de la situación política, cuyos saldos tienden a confundirse a partir de enero de 1997 (Gráfico 1). Desde entonces la percepción de la situación política estuvo tamizada por la bonanza económica, lo que consagró el conocido eslogan de *España va bien* como el gran éxito comunicacional del gobierno en ese momento.

Pero no sólo se trata de que la valoración de la situación económica y de la situación política llegasen a confundirse, sino de que otro tanto ocurre con indicadores tales como la valoración de la gestión de gobierno y las expectativas económicas a un año vista. Casi podríamos decir que, así como el mejor predictor de la percepción de la situación política era la percepción de la bonanza, el mejor predictor de la valoración de la gestión de gobierno eran las expectativas económicas a un año (véase el gráfico 1). Esto es lo más característico de la pasada legislatura: la economía se impuso sobre la política y los argumentos de eficacia se impusieron sobre cualquier otra consideración.

Hacia la primavera de 1999 la valoración de la situación política se separa ligeramente de la valoración de la situación económica, lo cual parece influido por el clima electoral de junio de ese mismo año, cuando se celebraron elecciones municipales, autonómicas y europeas. Pero nuevamente en octubre ambos indicadores se aproximan, repitiéndose el mencionado fenómeno de *arrastre* hacia el final de la legislatura.

Pero esa primera parte de la legislatura tuvo otra característica: la imparable mejora de los indicadores demoscópicos no fue capaz de deshacer el *empate técnico* entre los dos principales partidos, que se mantuvo hasta la crisis de la bicefalia socialista en el otoño de 1998 (véase el Gráfico 2). En efecto, el PP parecía incapaz de aprovechar la ventaja que le daba una situación económica y laboral sin precedentes. Incluso la celebración de las primarias permitió al PSOE colocarse por delante (véase abril-98, en ese mismo gráfico) y quebrar la tendencia ascendente del PP. El problema es que el *efecto Borrell*, como se llamó entonces

Gráfico 1.
Valoración de situación económica, situación política y gestión del PP.
Saldos: opiniones positivas menos negativas
Julio 96 - Enero 00

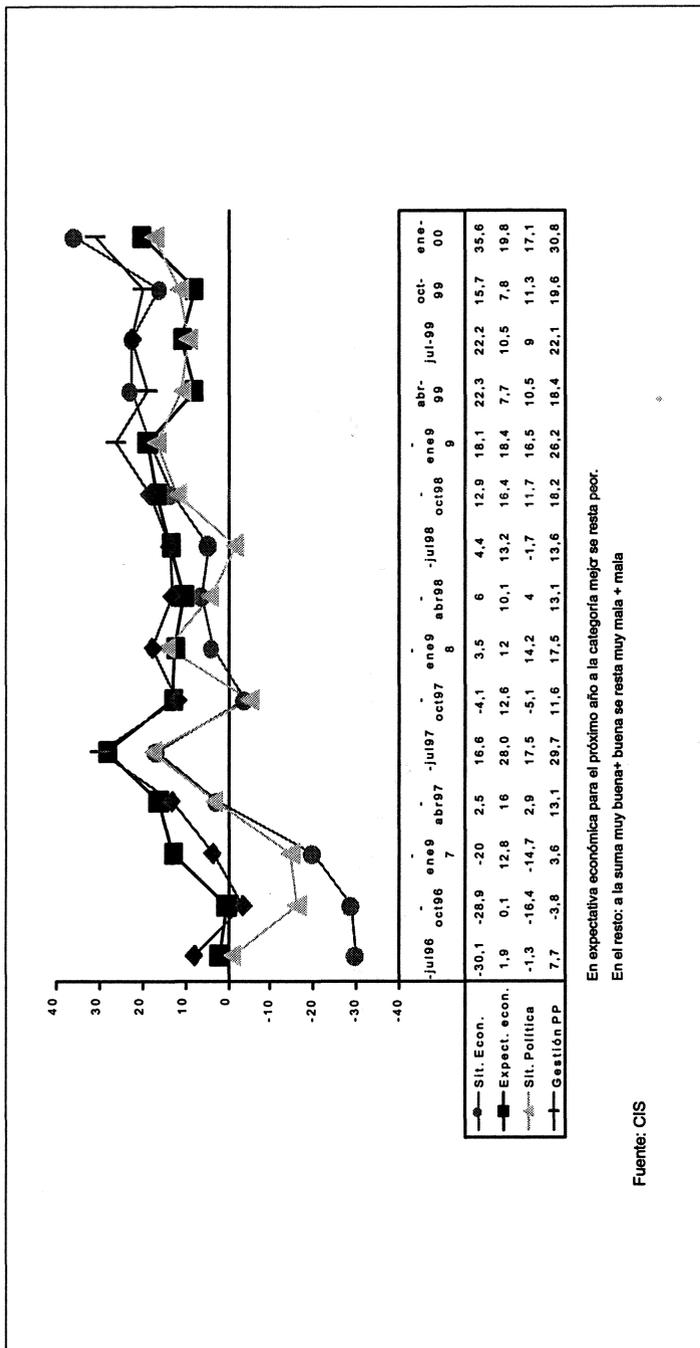
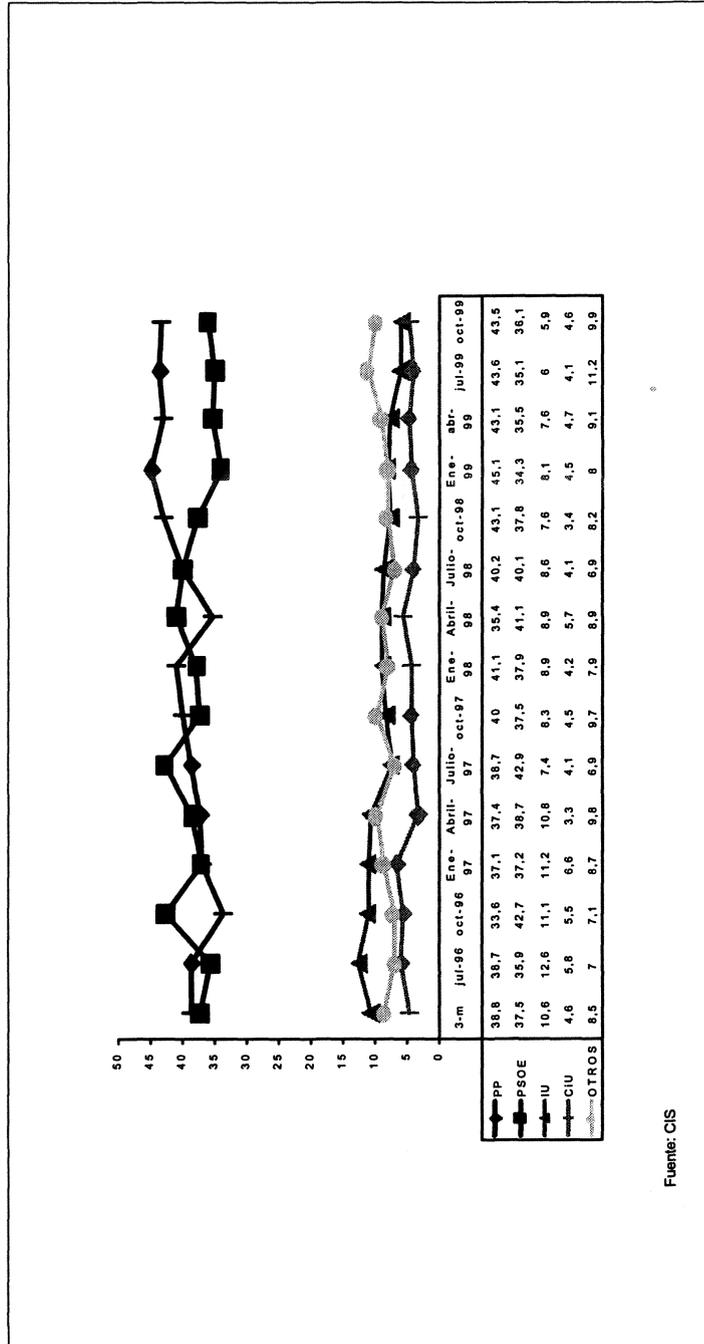


Gráfico 2.
Intención explícita de voto. % sobre voto expresado
Julio 96 - Enero 00



Fuente: CIS

al empuje renovador desatado por las primarias, fue efímero y el PSOE entró en un proceso de deterioro que alcanzó dimensiones espectaculares, desde el punto de vista demoscópico, desde la celebración del congreso del PP, a principios de 1999 (véase enero-99, en el mismo gráfico 2).

EL MOMENTO ELECTORAL. LOS FACTORES DE DECISIÓN

Llegamos así al momento de la decisión electoral. Tal como adelanté, conviene distinguir dos momentos en el proceso decisorio: el momento de la acción de gobierno, en el que los electores evalúan la situación en términos de acuerdo o satisfacción con la gestión del partido en el gobierno, y el momento electoral, en el que la evaluación se hace por comparación con la oferta de la oposición. Las elecciones de 1996 y de 2000 ofrecen un contraste interesante desde este punto de vista. El electorado fue muy crítico con el gobierno socialista durante la legislatura 1993-96, pero el PP entonces en la oposición no acertó a capitalizar el descontento, consiguiendo sólo una apurada victoria en el momento de las elecciones (Bouza, 2000; González, 1998). Por contraste, durante la legislatura 1996-2000, el PP parecía incapaz de capitalizar la alta aprobación de su propia gestión durante buena parte de la legislatura, con lo que el éxito electoral del año 2000 desbordó las previsiones.

¿A qué se debió este éxito? Como se recordará, la campaña electoral de febrero-marzo de 2000 se polarizó entre dos escenarios posibles: la evaluación de la acción de gobierno y la apelación a la ideología de los electores (González y Garrido, 2000). Por un lado, la estrategia del PP no pudo ser más explícita: “*Hechos*”, tal como rezaba su eslogan de entrada en campaña. Si del PP hubiera dependido, en la campaña no se hubiera hablado de otra cosa que de los récords obtenidos en materia económica y en materia de bienestar y seguridad social. *Ahí están los resultados, ¿alguien da más?*, venía siendo, de hecho, el discurso del PP a lo largo del *tercer año triunfal* de 1999. Estrategia culminada con la propuesta de Aznar, en el clímax de la campaña de 2000, de una *segunda revolución fiscal*, acompañada de generosas promesas en materia de pensiones y de creación de empleo¹⁰.

¹⁰ Obsérvese la doble peculiaridad comunicacional de la oferta de Aznar en esta ocasión: por un lado, en lugar de que el partido presentase el programa, el candidato fue desgranando sus ofertas a medida que avanzaba la campaña, lo que le permitió preservar la iniciativa y contrarrestar el efecto que había tenido el pacto de la izquierda durante la precampaña. Esto le permitió, por otro lado, presentar sus ofertas como un compromiso personal con un electorado que, ante la ausencia de cualquier tipo de debate, no podía contrastarlas.

Frente a ello, la antigua estrategia del PSOE de denunciar el derechismo del PP (que fuera tan útil para *cerrar el paso a la derecha* mientras el PSOE estuvo en el gobierno) perdía buena parte de su sentido con el PP en el gobierno, pues una cosa es que el PP tuviera problemas para culminar su *viaje al centro* y otra que su derechismo pudiese seguir siendo materia de estigmatización después del giro del PP una vez en el gobierno¹¹. Ante lo cual se impuso una nueva estrategia que había sido apuntada por Joaquín Almunia en su primer discurso como secretario general (congreso del PSOE de 1997), al invocar la *causa común* de la izquierda ante los dirigentes de Nueva Izquierda allí presentes (cuando NI era todavía una corriente de IU). Dos años después, el grueso de NI era ya parte del PSOE, en tanto que IU se encontraba en pleno derrumbe. ¿Qué sentido tenía, por tanto, una oferta de pacto electoral a IU en las nuevas condiciones? En principio, una oferta de este tipo puede producir una redefinición del espectro político y una (re)activación del voto ideológico. El problema que se plantea, en tal caso, es si los votos que se movilizan a favor del pacto son más o menos que los que se movilizan en contra.

En cualquier caso, dicha estrategia sirvió de apoyo a un discurso en clave *posicional* que presidió casi toda la campaña de Joaquín Almunia ("Lo próximo"): puesto que el PSOE tenía dificultades para entrar en la discusión acerca de la capacidad de los partidos para la resolución de problemas, optó por apelar a la posición ideológica de la izquierda a fin de corregir la disonancia existente entre un *gobierno de la derecha* y una *mayoría social de progreso*.

Tal como vimos en el apartado anterior, la evolución demoscópica de la pasada legislatura estuvo dominada por la economía, de manera que las variables económicas (valoración de la coyuntura, expectativas a corto plazo, etc.) se convirtieron en el mejor predictor de la intención de voto. Puesto que la llegada del PP al gobierno estuvo asociada a una profunda crisis política y moral de la izquierda (tras la escandalera de los primeros años noventa), era lógico que el nuevo gobierno fiase su suerte a los resultados económicos (contra el desengaño y la desafección, nada mejor que una buena cuenta de resultados).

Pero no se trata tanto de que la situación económica arrastrase a los indecisos a favor del partido gobernante, como de que la bonanza estuvo acompañada de la aprobación de la gestión del gobierno en esta materia. El éxito del consabido eslogan *España va bien* no radicó tanto en que la bonanza económica afectase a amplios sectores sociales como en que iba acompañado de la aprobación de su

¹¹ Es claro, por ejemplo, que la salida airada del ministro Pimentel (representante paradigmático del *diálogo social*) del gobierno a veinte días de las elecciones abría un boquete por el que se hacían visibles una vez más los límites del pretendido centrismo del PP. Pero el episodio tuvo escasa repercusión.

emisor y de la falta de credibilidad del adversario. Desde esta perspectiva, la comparación entre la oferta del PP (*Hechos*) y la del PSOE (*gobierno de izquierdas*), ejemplifica bien el contraste entre voto retrospectivo y voto prospectivo (Fraile, 2001a: 31 y ss.), cuando la superioridad del primero, derivada de una valoración positiva de la gestión del PP, se traduce en *aversión al riesgo* ante la oferta de cambio del PSOE, como veremos enseguida.

A continuación, voy a tratar de arrojar luz sobre algunos de estos supuestos, comenzando por la valoración de los factores que intervienen en el proceso de decisión electoral. Típicamente, estos factores son de tres tipos:

- El liderazgo: valoración y características de los candidatos.
- La posición ideológica y la oferta programática de los partidos.
- La actuación de los partidos: capacidad de resolución de los problemas que afectan a los intereses de los electores.

Ya hemos visto que lo característico del momento electoral de 2000 fue la polarización de la campaña en torno a dos de los factores mencionados: la evaluación de la acción de gobierno y la apelación a la ideología de los electores. Esta polarización no hacía más que poner de manifiesto el alto grado de tensión o contradicción entre ambos factores: por un lado, en términos de ubicación ideológica, el conjunto del electorado seguía estando más próximo al PSOE que al PP. Por otro, a la hora de evaluar la actuación de los partidos, ese mismo electorado valoraba mejor las políticas del PP que las del PSOE o, si se prefiere, consideraba al PP más capacitado para gestionar dichas políticas. La valoración de líderes se situaba entre ambos indicadores: ninguno de los dos (Aznar o Joaquín Almunia) parecía dotado de especial carisma y ambos merecían parecida puntuación. No parecía, en cualquier caso, que el liderazgo tuviera un papel decisivo como lo había hecho en la etapa de Felipe González.

A continuación, voy a presentar el estado de opinión en el momento de las elecciones. Para ello me apoyaré en el panel del CIS de ese mismo año (estudio 2382-84), cuya primera ola pre-electoral corresponde al mes de febrero (pocas semanas antes de los comicios). La segunda ola poselectoral (realizada en la segunda quincena de marzo) permite conocer el voto efectivo de los entrevistados (salvo en caso de Ns/Nc) y, con ello, elaborar una tipología de votantes que puede facilitar el análisis.

Esta tipología distingue, en lo fundamental, tres tipos de votantes: fieles, móviles y nuevos. Los primeros votaron repetidamente (en las generales de 1996 y 2000) al mismo partido¹², los segundos cambiaron de partido en las elecciones de 2000 respecto a 1996 y los últimos votaron por primera vez en 2000. Dentro

¹² Como prueba de fidelidad deben cumplir la condición de “votar siempre por el mismo partido”, en respuesta a la pregunta: “¿Es la primera vez que vota Vd. a ese partido en unas elecciones generales, lo había votado ya alguna otra vez o suele votar Vd. siempre por él?”.

de los primeros, distinguiremos según el partido de referencia (PP, PSOE, IU). En el caso de los segundos, distinguiremos, a su vez, tres categorías: a) los antiguos votantes de izquierda (PSOE e IU) que votaron al PP en 2000; b) los antiguos votantes de izquierda que se abstuvieron; y c) los antiguos votantes de izquierda que cambiaron de partido (entre PSOE e IU). Por último, distinguiremos entre los nuevos votantes del PP y los nuevos votantes de izquierda (PSOE e IU).

Esta tipología excluye un volumen importante de entrevistados: de hecho, la población objeto de análisis representa el 43,3% de la muestra del citado panel. Dejo fuera del análisis los abstencionistas sistemáticos, el Ns/Nc y los votantes de partidos de ámbito subestatal. La razón de esta última exclusión es muy simple: el tipo de análisis que voy a hacer sólo tiene sentido en la medida en que la posición ideológica es controlable. Esto es posible cuando la posición ideológica hace referencia a la escala izquierda-derecha y, por ende, a los partidos que compiten en esa escala (PP, PSOE e IU)¹³, pero deja de ser controlable cuando los partidos compiten, en cambio, en términos de centralismo-nacionalismo, para lo que el citado panel no proporciona información. La tipología se compone de las siguientes categorías:

- Fieles PP: 12%.
- Fieles PSOE: 13,7%.
- Fieles IU: 2,2%.
- Los antiguos votantes de Izquierda (PSOE-IU) que votaron al PP en 2000 (Izq PP): 3,1%.
- Los antiguos votantes de Izquierda que se abstuvieron: 3%.
- Los antiguos votantes de Izquierda que cambiaron de partido (entre PSOE e IU): 4,5%.
- Los nuevos votantes del PP: 3%.
- Los nuevos votantes de Izquierda: 1,9%.

Las tres categorías primeras constituyen el núcleo duro del electorado de los partidos que se sitúan en el eje izquierda-derecha de la competición política (que son los únicos para los que tiene sentido el tipo de análisis que presento a continuación). Por contraste, las tres categorías siguientes (que aparecen con trama en la tabla 2) constituyen la parte móvil o volátil del electorado. De estas tres categorías, conviene prestar atención preferente a las dos primeras: Izquierda-PP e Izquierda-Abstención, cada una de las cuales representa en torno a un 3% del censo, es decir un millón de votantes cada una. Estos dos millones de votantes fueron decisivos para la mayoría absoluta del PP: unos al pasarse de izquierda a derecha, otros al dejar de votar a la izquierda y abstenerse¹⁴. Ni que decir tiene

¹³ El panel proporciona la autoubicación de los entrevistados antes y después de las elecciones, así como la ubicación ideológica de los partidos en la escala I-D.

¹⁴ Sobre la abstención de la izquierda en las elecciones de 2000 véase Barreiro (2001).

que el futuro político-electoral depende de que estos dos millones de votantes se consoliden como votantes del PP o abstencionistas, respectivamente, o, por el contrario, reconsideren su decisión del año 2000.

Como vimos, nos interesan en particular tres tipos de factores (ideología, liderazgo y evaluación de las políticas) cuya operacionalización es la siguiente:

- Proximidad ideológica: distancia entre la autoubicación y la ubicación de los principales partidos en la escala Izquierda-Derecha¹⁵.
- Valoración de líderes políticos: diferencia entre las puntuaciones que se otorgan a los principales líderes¹⁶.
- Valoración de las políticas de los partidos: opinión sobre qué partido está más capacitado para la gestión de los siguientes 10 ítems: empleo, educación, sanidad, economía, integración en Europa, terrorismo, seguridad ciudadana, inmigración, desarrollo autonómico y protección del medio ambiente¹⁷.

Para facilitar la comprensión de los datos, voy a presentar las medias de cada una de las variables para cada uno de las categorías de la tipología. En principio, la posición del votante medio (respecto a ese 43,3% de entrevistados que nos sirve de referencia) viene dada por las siguientes características:

- dice autoubicarse un punto más cerca del PSOE que del PP (el valor medio de nuestra primera variable es -10 décimas de punto, véase tabla 2),
- valora al líder del PP 5 décimas mejor que al del PSOE,
- y califica las políticas concretas del PP 11 décimas mejor que las del PSOE (o, si se prefiere, considera al PP más capacitado para gestionar las mencionadas políticas).

Pues bien, dentro de la pauta general de tensión o contradicción entre los dos principales indicadores (por un lado, en términos de ubicación ideológica, el conjunto del electorado tiende a situarse claramente más próximo al PSOE que al PP; por otro, a la hora de evaluar la actuación de los partidos, ese mismo electorado valora mejor las políticas del PP que las del PSOE o, si se prefiere, considera al PP más capacitado para gestionar dichas políticas), estas dos categorías de Izquierda-PP

¹⁵ Esta variable se operacionaliza como la diferencia entre las distancias respecto a los dos principales partidos, en una escala convencional de I-D. Cuando el valor es positivo, quiere decir que el entrevistado se autoubica más cerca del PP que del PSOE, en caso contrario estaría más cerca del PSOE.

¹⁶ Cuando el valor es positivo quiere decir que el entrevistado concede mejor puntuación al líder del PP que al del PSOE.

¹⁷ Esta variable se operacionaliza como el sumatorio de un punto por cada ítem, según qué partido (PSOE o PP) parezca más capacitado para gestionar cada una de las políticas. Por ejemplo, si el PP fuese el más capacitado para gestionar tres de ellas, el PSOE otras tres y el entrevistado considerase indistintamente a uno u otro en relación a las cuatro políticas restantes, la puntuación de ese entrevistado sería 0. Si el PP fuese valorado como más capacitado en un número mayor de políticas que el PSOE, el valor será positivo. En caso contrario, negativo.

e Izquierda-Abstención constituyen dos tipos particularmente interesantes de decisión electoral.

La primera de ellas es un ejemplo paradigmático de la tensión o contradicción a que acabo de hacer referencia: por un lado, este grupo de votantes se situaba, en vísperas de las elecciones (ola pre-electoral), ligeramente a la izquierda del votante medio: mientras éste se situaba un punto más cerca del PSOE que del PP, los votantes que se pasaron de la izquierda al PP se situaban 13 décimas más cerca del primero que del segundo. Sin embargo, su valoración de Aznar por comparación con la de Almunia era algo mejor que la del votante medio (un punto frente a medio punto) y, lo que es más importante, la valoración de la capacidad de gestión del PP era mucho mejor que la del votante medio (dos puntos a uno). En cierto modo, podríamos decir que esta primera categoría ejemplifica bien la *tensión decisoria* del electorado español en aquella ocasión, desgarrado entre su mayor proximidad *afectiva* al PSOE y su mejor evaluación *racional* del PP.

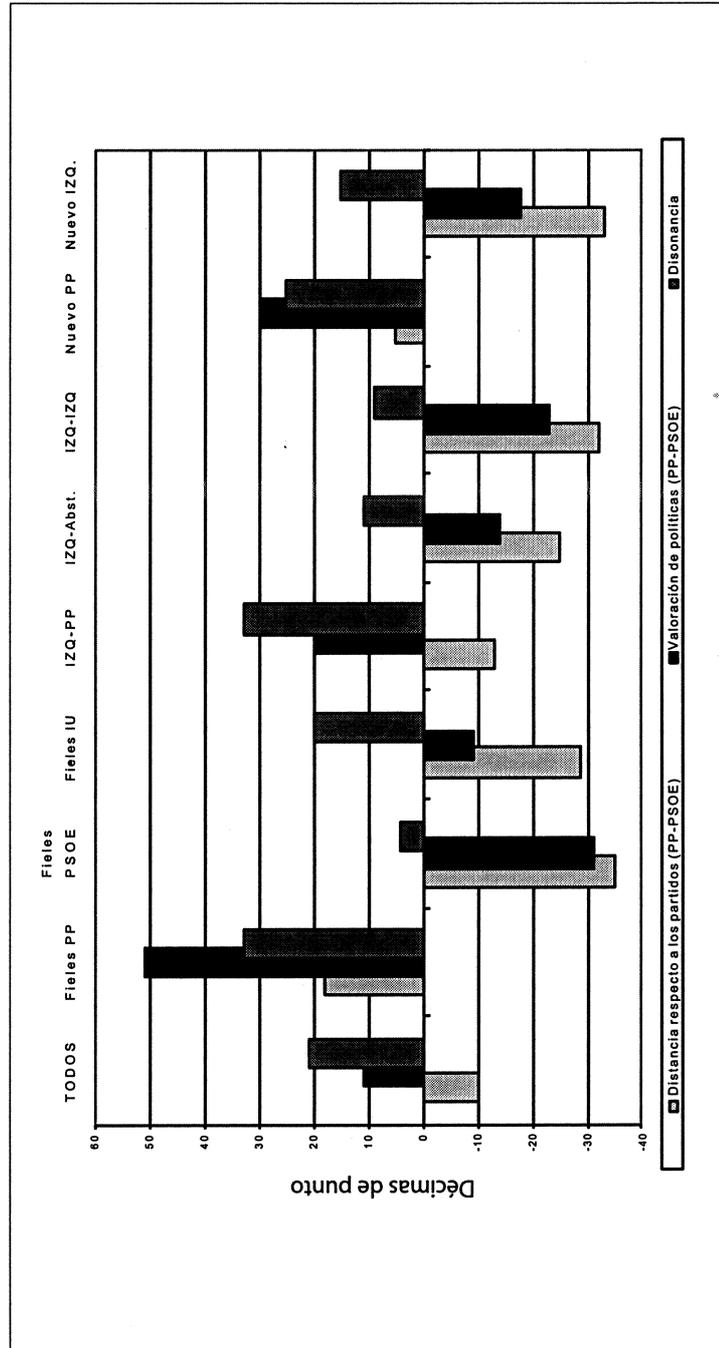
El gráfico 3 adjunto refleja bien la magnitud de esta tensión o disonancia: tomando como referencia el votante medio, esta magnitud alcanza las 21 décimas de punto. Esto es la suma de las diez décimas que dicho votante se autoubicaba más cerca del PSOE que del PP, más once décimas de valoración de las políticas a favor del PP. En el caso de los votantes transferidos de la izquierda al PP, la disonancia alcanza una magnitud de 33 décimas de punto, que es la suma, a su vez, de las veinte décimas que estos votantes decían autoubicarse más cerca del PSOE que del PP (antes de las elecciones) y las trece décimas de valoración de las políticas a favor del PP (en ese mismo momento).

La segunda categoría, la de quienes dejaron de votar a la izquierda y se abstuvieron, se sitúa en otras coordenadas: por un lado, este grupo se autoubica un punto y medio más a la izquierda que el votante medio, al tiempo que sufre con mucha menos intensidad la mencionada tensión o contradicción: su valoración del candidato socialista era claramente mejor que la del ya entonces presidente Aznar (catorce décimas, a casi dos puntos de distancia respecto del votante medio), valoración que concordaba bien con su evaluación de las políticas a favor del PSOE (en otras catorce décimas, a dos puntos y media de distancia del votante medio).

Esto no fue suficiente, sin embargo, para votar al PSOE o a IU. Obsérvese en la tabla 2 que para ello hubieran sido necesarias cuatro décimas más, como es el caso de los nuevos votantes de la izquierda (última columna de la tabla), o incluso nueve décimas más de distancia respecto al votante medio, que es exactamente la distancia a la que se encontraban los que intercambiaron su voto entre PSOE e IU (tercera categoría con trama en la tabla 2: recordemos que la trama indica una u otra forma de movilidad o volatilidad electoral).

Esto plantea un interrogante acerca de las razones que ese millón de votantes de izquierda tuvieron para abstenerse, habida cuenta de que su opinión sobre la gestión del gobierno era claramente crítica (o, si se prefiere, claramente favorable a las políticas del PSOE) y, sin embargo, no llegaron a movilizarse.

Gráfico 3.
Magnitud de la disonancia electoral



Fuente: CIS

Tabla 2.
Distancia respecto a los partidos, valoración de líderes y valoración de políticas (en décimas de punto)

	Todos	Fieles PP	Fieles PSOE	Fieles IU	Izq. PP	Izq. Abst	Izq. Izq	Nuevo PP	Nuevo Izq.
Distancia partidos	-10	18	-35	-29	-13	-25	-32	5	-33
Aznar- Almunia	5	44	-35	-21	10	-14	-23	26	-18
Valoración políticas	11	51	-31	-9	20	-14	-23	30*	-18
% sobre censo	43,3	12,0	13,7	2,2	3,1	3,0	4,5	3,0	1,9

Fuente: CIS 2.382, pre-electoral 2000.

La mejor manera de entender esta desmovilización es conocer la opinión de los electores ante la oferta socialista de un gobierno de izquierdas, mediante la cual el candidato socialista Joaquín Almunia intentó apelar a la identidad de la izquierda y activar así el voto ideológico. Como ya adelanté, el problema que se planteaba, en tal caso, era si los votos movilizados a favor de dicha coalición eran más o menos que los movilizados en contra.

Que una propuesta de este tipo tenga aceptación depende, por lo pronto, del deseo de cambio del electorado, lo que recomienda distinguir tres opciones: a) la de quienes no deseaban cambio alguno de gobierno (excepto para reforzar la posición del PP y liberarle de las ataduras nacionalistas); b) la de quienes deseaban cambio de gobierno y creían que la propuesta de coalición PSOE-IU era la fórmula adecuada; y c) la de quienes deseando cambio de gobierno no aceptaban dicha fórmula (que aparecen en la tabla 3 como NC/NC).

A mi juicio, el dato más revelador es que la propuesta socialista no llegó a contar con la aceptación mayoritaria de los votantes móviles: tomados en conjunto, un 44,6% se declaraba de acuerdo con la propuesta socialista, frente a un 23,9% que se mostraba partidario de la continuidad del PP y un 10,3% que, rechazando esta, tampoco aceptaba la propuesta socialista (por último, nada menos que un 21,2% se refugiaba en el Ns/Nc). Más concretamente, entre los que acabaron votando al PP la aceptación era sólo del 23,6% y entre los que se fueron a la abstención no pasaba del 43% (tabla 3). Sólo entre los que intercambiaron sus preferencias entre PSOE e IU el nivel de aceptación llegó al 60%, un porcentaje nada extraordinario, aunque parecido al que registraban los fieles del PSOE, quienes tampoco parecían masivamente partidarios de la propuesta.

Tabla 3.
Opiniones ante la oferta socialista

	Todos	Fieles PP	Fieles PSOE	Fieles IU	Izq. PP	Izq. Abst	Izq. Izq.	Nuevo PP	Nuevo Izq.
Continuidad	35,7	79,1	8,4	11,3	48,4	19,0	10,5	61,1	9,1
Coalición	36,9	4,6	59,2	67,8	23,6	43,0	59,9	5,7	53,5
NC/NC	8,6	5,4	9,3	12,2	6,2	13,3	11,0	7,0	13,1
Ns/Nc	18,8	10,9	23,1	8,7	21,7	24,7	18,6	26,1	24,2
% s/ censo	43,3	12,0	13,7	2,2	3,1	3,0	4,5	3,0	1,9

Fuente: CIS 2382 pre-electoral 2000.

EL PESO DE LOS FACTORES DE DECISIÓN

Llegamos así al último punto de mi argumento: el peso relativo de los factores de decisión. Para dilucidar esta cuestión, seguiré dos vías alternativas: empezaré presentando datos agregados desde la perspectiva de la posición ideológica de los entrevistados. Más tarde, presentaré los resultados de un modelo de regresión logística con datos a nivel individual.

La primera vía de aproximación al peso relativo de los factores consiste en comparar su capacidad predictiva del voto desde el punto de vista de la posición ideológica de los individuos en la escala I-D. Una vez que sabemos cuál es la probabilidad de voto a cada uno de los partidos a lo largo de dicha escala (entendida como diferencia de probabilidades de votar al PP respecto a PSOE: vease gráfico 4), la cuestión que planteo es: ¿cuál es el mejor predictor de esta probabilidad, la distancia relativa a los partidos (entendida como diferencia de las distancias) o la valoración de las políticas (entendida como sumatorio de las valoraciones)?

Si tomamos como referencia el votante medio, la respuesta no admite dudas: la probabilidad de voto coincide puntualmente con la valoración comparada de las políticas, luego estas últimas serían mejor predictor que la distancia ideológica relativa (véase el margen derecho del citado gráfico 4). Pero lo que el gráfico nos dice es que habría que distinguir entre las dos partes del espectro ideológico, pues dicha conclusión vale para la parte derecha del espectro, pero no así para la izquierda, donde la posición ideológica resulta mejor predictor.

Esto guarda relación con lo que ya habíamos observado en el gráfico 3 en relación con la disonancia electoral: que ésta se reduce a medida que los votantes se acercan al PSOE y aumenta a medida que se alejan de él. Dicho en otras palabras: así como el PP se ha convertido en el referente pragmático de amplios sectores sociales, el PSOE parece seguir siendo el referente ideológico más poderoso del electorado que nos sirve de referencia.

Para terminar, voy a presentar los resultados de un modelo de regresión logística que compara el peso relativo de los factores controlando por la clase social¹⁸ y por la bonanza económica¹⁹. La variable dependiente (dicotómica) es el voto en las elecciones de 2000: 1 en el caso del PP, 0 en el caso de los demás partidos. Presentaré datos por separado para cada uno de los factores, tomando como categoría de referencia: a) los trabajadores manuales cualificados, b) que no valoran positivamente la situación económica de España ni la de sus familias. La tabla 4, que recoge estos resultados, proporciona los coeficientes correspondientes a cada una de las categorías restantes: en el caso de la clase, estas categorías son: autónomos, profesionales, no manuales y manuales no cualificados. En el caso de la valoración de la situación económica (*bonanza*), las categorías son:

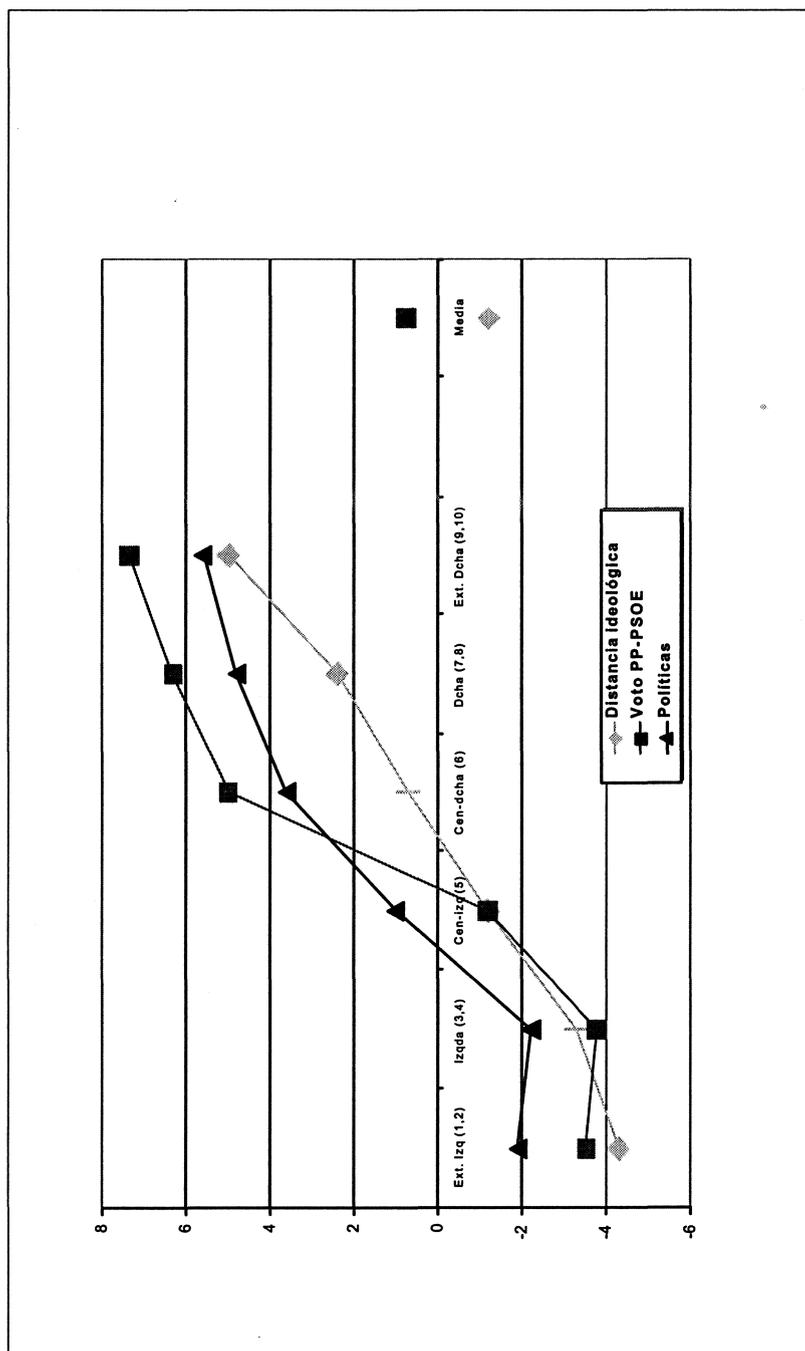
- valora positivamente la situación económica general de España y la particular de su familia (*todo positivo*),
- valora positivamente la primera pero no la segunda (*general positivo*),
- valora positivamente la segunda pero no la primera (*particular positivo*).

La primera columna de esta tabla presenta los coeficientes correspondientes a cada una de estas categorías antes de introducir los factores. Como se puede observar, todos los coeficientes son estadísticamente significativos al 99% excepto el último: el correspondiente a la categoría de quienes valoran positivamente la situación económica particular de sus familias pero no así la de España en general. Esto es coherente con la consabida superioridad del voto *sociotrópico* respecto del *egotrópico* a la hora de explicar las preferencias electorales (Fraile, 2001a: 33). Muy resumido, esto significa que lo que influye sobre estas no es tanto la experiencia particular de bienestar familiar como la valoración de la situación general del país. En justa coherencia, los coeficientes de las dos primeras categorías de esta misma variable (*bonanza*) están relativamente próximos, lo que corrobora, a su vez, que la experiencia particular de

¹⁸ Para ello, utilizo el modelo de clase de Goldthorpe simplificado en cinco categorías: autónomos, profesionales, no manuales, manuales cualificados y no cualificados.

¹⁹ Esta variable está operacionalizada en cuatro categorías: a) valoran positivamente la situación económica de España y la de su familia; b) valoran positivamente la primera pero no la segunda; c) valoran positivamente la segunda pero no la primera; y d) no valoran positivamente ninguna de las dos. Los datos proceden de la ola poselectoral.

Gráfico 4.
Factores de decisión electoral



bienestar añade poco a la valoración positiva de la situación general, que es la que realmente cuenta a estos efectos.

Las demás columnas de la tabla 4 presentan los coeficientes una vez introducidos los factores uno a uno. En general, los coeficientes de las variables de control no varían sustancialmente con esta introducción, salvo dos categorías de clase, los profesionales y los manuales no cualificados, que pierden significatividad de manera clara, especialmente al introducir el factor liderazgo (tomado como diferencia de las puntuaciones), que es el que obtiene, a primera vista, mejores resultados estadísticos (véase la parte inferior de la tabla), al tiempo que pierde el menor número de casos. No es este, sin embargo, el factor que más nos interesa (por las razones aducidas en el apartado anterior), sino los otros dos: la distancia ideológica y la valoración de las políticas.

De estos dos, la distancia ideológica parece obtener mejores resultados (el coeficiente correspondiente es 0,58 por cada punto de variación en la diferencia de las distancias)²⁰ que la valoración de políticas (cuyo coeficiente es 0,28 por cada punto de variación en el sumatorio de las políticas)²¹, pero es también el factor que pierde más casos (véase la parte inferior de la tabla). Otra manera de compararlos es introducir los dos factores al mismo tiempo, con los resultados que pueden apreciarse en la última columna de esta misma tabla 4: el coeficiente correspondiente al primer factor es, en este caso, 0,42 y el de la valoración de políticas 0,19. Esta diferencia se explica, en buena medida, porque mientras la primera variable tiene una distribución normal, con la segunda ocurre lo contrario, dada la polarización de la misma en los extremos²².

Pero, lo que está en juego no es sólo la intensidad de la asociación estadística entre la decisión de voto y los factores en cuestión (ubicación ideológica y evaluación de las políticas), sino la naturaleza de dicha asociación. Desde esta perspectiva, la ubicación ideológica se enfrenta a un doble problema: pues, por un lado, la autoubicación se hace por relación a la ubicación de los partidos, lo que la convierte con frecuencia en pura racionalización del voto (pudiendo explicarse indistintamente la una por la otra: González, 1996). En tanto que, por otro, el voto ideológico se ha debilitado con el paso del tiempo, tal como otros estudios se han encargado de demostrar (Sánchez-Cuenca y Barreiro, 2000; Barreiro, 2001).

²⁰ Recuérdese que la diferencia de las distancias respecto a los partidos es una variable continua que va de 9 a -9.

²¹ La evaluación de las políticas es también una variable continua (sumatorio de 10 ítems) que va de 10 a -10.

²² Si descontamos el Ns/Nc, un 18% de nuestro electorado de referencia considera que el PSOE lo hubiera hecho peor en todas las políticas por las que se pregunta (su juicio a favor del PP no admite, por tanto, fisuras). Por el contrario, un 12% considera que el PSOE lo hubiera hecho mejor en todos los casos. En total, un 30% de los entrevistados se sitúa en los valores extremos de la variable (10 y -10).

Tabla 4.
Modelo de regresión logística para estimar el peso de los factores

CLASE (ref. manual cualificado)	Clase y bonanza	+ distancia ideológica	+ liderazgo	+ valoración de políticas	+ distancia y val. políticas
	Coef. (error) Sign.	Coef. (error) Sign.	Coef. (error) Sign.	Coef. (error) Sign.	Coef. (error) Sign.
Autónomo	1,15 (0,18) **	1,13 (0,27) **	1,06 (0,26) **	1,34 (0,24) **	1,40 (0,31) **
Profesional	0,55 (0,16) **	0,54 (0,23) *	0,48 (0,23) *	0,51 (0,22) *	0,51 (0,26) *
No manual	0,80 (0,15) **	0,84 (0,21) **	0,80 (0,21) **	0,90 (0,20) **	0,87 (0,24) **
Manual no cualificado	0,37 (0,14) **	0,47 (0,20) *	0,22 (0,19)	0,48 (0,18) **	0,51 (0,23) *
BONANZA					
(ref. no valora positivamente)					
Todo positivo	1,95 (0,13) **	1,70 (0,18) **	1,40 (0,17) **	1,75 (0,17) **	1,67 (0,20) **
General positivo	1,61 (0,14) **	1,34 (0,20) **	0,87 (0,20) **	1,33 (0,19) **	1,35 (0,23) **
Particular positivo	0,09 (0,17)	0,07 (0,24)	-0,25 (0,25)	0,00 (0,22)	0,05 (0,27)
FACTORES					
Nº de casos	1.984	1.609	1.783	1.743	1.460
Chi cuadrado	434,8	976,8	1189,4	1004,0	1049,4
Pseudo R2	0,20	0,46	0,49	0,44	0,51
% casos correctos	71,5%	83,7%	86,2%	82,5%	86,4%

Fuente: CIS panel 2.382-84, 2000.

* Significatividad al 95%.

** Significatividad al 99%

CONCLUSIONES

He partido del supuesto de que la experiencia de pacto social entre gobierno y sindicatos en la legislatura 1996-2000 fue uno de los factores que contribuyeron a la transferencia de un amplio segmento de votantes de izquierda al PP. Es claro que esta transferencia tuvo un componente importante de voto económico, tal como otros autores han mostrado con anterioridad (Fraile, 2001b). Por mi parte, he tratado de argumentar dos cosas: a) que la bonanza económica del periodo 1997-2000 estuvo apoyada en una experiencia de paz social sin precedentes, resultado de una decisión estratégica del nuevo gobierno, y b) que la transferencia de electores de izquierda al PP no está exenta de tensión. De hecho, las elecciones generales del 12 de marzo de 2000 plantean un llamativo ejemplo de disonancia entre factores de proximidad ideológica a los partidos y factores de evaluación de su capacidad para la resolución de problemas concretos. Parece claro que dicha disonancia entre unos y otros se resolvió a favor de estos últimos, lo que sugiere un proceso de racionalización del voto en virtud del cual los apriorismos ideológicos son progresivamente sustituidos por una cierta capacidad de evaluación de la competencia de los partidos para la gestión de políticas concretas.

No parece tan claro, sin embargo, que exista una variable que sea al mismo tiempo fácil de operacionalizar y capaz de dar cuenta de esta nueva racionalidad. La evaluación comparada de la capacidad de los partidos para gestionar políticas concretas, tal como la he utilizado en este artículo, plantea, cuando menos, un doble problema: por un lado, es una variable que no tiene una distribución normal, lo que limita su virtualidad estadística. Por otro lado, considera todas las políticas igualmente decisivas a la hora del voto, lo que no es de sentido común. En la medida en que seamos capaces de superar este tipo de dificultades, el uso de la escala de autoubicación ideológica debería confrontarse con nuevos criterios analíticos y clasificatorios en la línea apuntada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARREIRO, B. (2001), "Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000: el problema de la abstención en la izquierda", *Working Paper 171*, CEACS, Instituto Juan March.
- BOUZA, F. (2000), "Democracia y comunicación política: paradojas de la libertad", *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, nº 34, pp. 9-27.
- CAÍNZOS, M. (2001), "La evolución del voto clasista en España, 1986-2000", *Zona Abierta*, 96/97, pp. 91-171.
- FRAILE, M. (2001a), "Does the Economy Enter the Ballot-box? A Study of the Spanish Voters' Decisions", CEACS, Instituto Juan March.

- (2001b), "Relación entre el voto económico y el voto de clase en las elecciones de 2000", *Zona Abierta*, 96/97, pp 215-244.
- ESPINA, A. (1999), "El "Guadiana" de la concertación neocorporatista en España: de la huelga general de 1988 a los acuerdos de 1997", en F. Miguélez y C. Prieto (coords.), *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, pp. 23-50.
- GARRIDO, L. y J.J. GONZÁLEZ (1999), "Las bases sociales del giro al centro: el nuevo votante del PP", Ponencia presentada en la sesión sobre "Los elementos estables del voto", *IV Congreso Español de la AECPA*, Granada, 30 de septiembre de 1999.
- GONZÁLEZ, J.J. (1996), "Clases, ciudadanos y clases de ciudadanos. El ciclo electoral del pos-socialismo (1986-1994)", *REIS*, nº 74, pp. 45-76. (Hay versión inglesa en la *English Edition 1997* de la *REIS*, pp. 125-155)
- (1998), "Política y demoscopia. Los sondeos y las elecciones generales de 1996", *Empiria, Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, nº 1, pp. 181-199.
- (2001), "Clases, cohortes, partidos y elecciones: un análisis de la experiencia española (1986-1996)", *Revista Internacional de Sociología*, nº 29, pp. 91-113.
- GONZÁLEZ, J.J. y L. GARRIDO (2000), "Factores de decisión electoral: acción de gobierno versus imagen de los partidos", *Seminario sobre "Escándalos políticos y responsabilidad pública en la España Contemporánea*, Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UNED, 13 de abril de 2000.
- NORRIS, P. y G. EVANS (1999), "Understanding Electoral Change", en G. Evans y P. Norris (eds.), *Critical Elections: British Parties and Voters in Long-term Perspective*, Sage, pp. 19-40.
- RODRÍGUEZ MENÉS, J. (1997), "Elecciones y hegemonía política en España", *Revista Internacional de Sociología*, nº 16, pp. 83-114.
- SÁNCHEZ-CUENCA, I. y B. BARREIRO (2000), *Los efectos de la acción de gobierno en el voto durante la etapa socialista (1982-1996)*, CIS, Opiniones y Actitudes, nº 29, Madrid.